

fuego, luego cesará la llama dél. Procura otrosí amar á quien de necesidad has de sufrir; porque si el sufrimiento no es acompañado con amor, la paciencia que se muestra por defuera, muchas veces se vuelve en rancor. Por lo cual diciendo Sant Pablo (a): La caridad es paciente; luego añadió: y benigna; porque la verdadera caridad no cesa de amar benignamente á los que sufren pacientemente. Tambien es muy loable consejo dar lugar á la ira del hermano; porque si te apartares del airado, darle has lugar para que pierda la ira: ó á lo ménos respóndele blandamente; porque, como dice Salomon (b), la respuesta blanda quebranta la ira.

## CAPITULO X.

Remedios contra la pereza.

Acidia es una flojedad y caimiento del corazon para bien obrar (c). Y particularmente es una tristeza y hastío de las cosas espirituales. El peligro deste pecado se conoce por aquellas palabras que el Salvador dice (d): Todo árbol que no diere buen fruto, será cortado y echado en el fuego. Y en otra parte, exhortándonos á vivir con cuidado y diligencia (que es contraria á este vicio) dice (e): Abrid los ojos, velad y orad; porque no sabeis cuando seréis llamados.

Pues cuando este torpe vicio tentare tu corazon, puedes armarte contra él con las consideraciones siguientes. Primeramente considera cuántos trabajos pasó Cristo por tí desde el principio hasta el fin de su vida; cómo pasaba las noches sin sueño, haciendo oracion por tí; cómo discurría de una provincia á otra, enseñando y sanando los hombres; cómo se ocupaba siempre en las cosas que pertenescian á nuestra salud, y sobre todo esto, cómo en el tiempo de su pasion llevó sobre sus sacratísimos hombros, cansados de los muchos trabajos pasados, aquel grande y pesado madero de la Cruz. Pues si el Señor de la Majestad tanto trabajó por tu salud, ¿cuánto será razon trabajes tú por la tuya? Por librarte de tus pecados padeció aquel tan tierno cordero tantos y tan grandes trabajos, ¿y tú no quieres sufrir aun los pequeños por ellos? Mira tambien cuántos trabajos sufrieron los apóstoles cuando fuéron por todo el mundo predicando; cuántos padecieron los mártires, cuántos los confesores, cuántos las vírgines, cuántos todos aquellos padres que vivian apartados en los desiertos, y cuántos finalmente todos los sanctos que agora reinan con Dios; por cuya doctrina y sudores la fe católica y la Iglesia se dilató hasta el día de hoy.

Considera junto con esto cómo ninguna de todas las cosas criadas está ociosa; porque los ejércitos del cielo sin cesar cantan loores á Dios (f); el sol, y la luna, y las estrellas, y todos los cuerpos celestiales cada día dan á una vuelta al mundo para nuestro servicio; las yerbas, los árboles, de una pequeña planta van creciendo hasta su justa grandeza; las hormigas juntan granos en sus cilleros en el verano, con que se sustentan en el invierno; las abejas hacen sus panales de miel, y con grande diligencia matan los zánganos negligentes y perezosos; y lo mesmo hallarás en todos los otros géneros de animales. ¿Pues cómo no habrás tú vergüenza, hombre capaz de razon, de tener pereza, la cual aborrescen todas las criaturas irracionales por instinto de naturaleza?

(a) 1. Cor. 13. (b) Prov. 15. (c) Cassianus, lib. 10. (d) Matth. 7. (e) Matth. 23. (f) Isai. 6. Apoc. 4.

Item si los negociadores deste mundo pasan tantos trabajos para juntar sus riquezas perecederas (las cuales despues de ganadas con muchos trabajos, han de guardar con muchos peligros), ¿qué será razon hagas tú, negociador del cielo, para adquirir tesoros eternos que para siempre duran?

Mira tambien que si no quieres trabajar agora cuando tienes fuerzas y tiempo, que por ventura despues te faltará lo uno y lo otro: como cada día vemos acaescer á muchos. El tiempo de la vida es breve, y lleno de mil estorbos; por tanto, cuando tuvieres oportunidad para bien obrar, no lo dejes por pereza; porque vendrá la noche cuando nadie podrá obrar (g).

Mira tambien que tus muchos y grandes pecados piden grande penitencia, y grande fervor de devocion para satisfacer por ellos. Tres veces negó Sant Pedro (h), y todos los días de su vida lloró aquel pecado, puesto que ya estaba perdonado. María Magdalena hasta el postrer punto de su vida lloró los pecados que habia cometido, puesto que habia oido aquella tan dulce palabra de Cristo (i): Tus pecados te son perdonados. Y por abreviar deo aquí de referir otros que acabaron la penitencia con la vida; de los cuales muchos tenian mas livianos pecados que tú. Pues tú que cada día acrescintas pecados á pecados, ¿cómo tienes por grave el trabajo necesario para satisfacer por ellos? Por tanto en el tiempo de la gracia y de la misericordia trabaja por hacer fructos dignos de penitencia, para que con los trabajos desta vida redimas los de la otra. Y dado que nuestros trabajos y obras parezcan pequeñas, pero todavía en cuanto proceden de la gracia, son de grande merecimiento; por donde en el trabajo son temporales, y en el premio eternas: breves en el espacio de la carrera, y perpetuas en la corona. Por lo cual no consintamos que este espacio de merescer se nos pase sin fruto, poniendo ante nuestros ojos el ejemplo de un devoto varon, que todas las veces que oía el reloj, decía: ¡Oh Señor Dios mio, ya es pasada otra hora de las que vos teneis contadas de mi vida, y de que tengo de daros cuenta!

Si alguna vez nos viéremos cercados de trabajos, acordémonos que por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el reino de Dios; y que no será coronado sino aquel que varonilmente pelear (k). Y si te parece que asaz tienes peleado y trabajado, acuérdate que está escrito (l): El que perseverare hasta la fin, será salvo. Porque sin perseverancia ni la obra es finalmente fructuosa, ni el trabajo tiene premio, ni el que corre alcanza victoria, ni el que sirve la gracia final del Señor. Por lo cual no quiso el Salvador bajar de la Cruz (m) cuando se lo pedian los judíos, por no dejar imperfecta la obra de nuestra Redempcion. Por tanto si queremos seguir á nuestra cabeza, trabajemos con toda diligencia hasta la muerte, pues el premio del Señor dura para siempre. No cesemos de hacer penitencia (n): no cesemos de llevar nuestra Cruz en pos de Cristo; porque de otra manera ¿qué nos aprovechará haber navegado una muy larga y próspera navegacion, si al cabo nos perdemos en el puerto?

Y no nos debe espantar la dificultad de los trabajos y peleas; porque Dios que te amonesta que peeles, te

(g) Ioan. 9. (h) Lucæ 22. (i) Lucæ 7. (k) 2. Tim. 2. (l) Matth. 10. et 24. (m) Marc. 15. (n) Eccl. 18.

ayuda para que venzas, y ve tus combates, y te socorre cuando desfalleces, y te corona cuando vences. Y cuando te fatigaren los trabajos toma este remedio: no compares el trabajo de la virtud con el deleite del vicio contrario, sino la tristeza que agora sientes en la virtud, con la que sentirás despues de haber pecado; y el alegría que puedes tener en la hora de la culpa, con la que tendrás despues en la gloria; y luego verás cuánto es mejor el partido de la virtud que el de los vicios. Vencida una batalla, no te descuides; porque muchas veces (como dice un sabio) nascen descuidos del buen suceso: ántes debes estar apercebido, como si luego hubiesen de tocar la trompeta para otra; porque ni la mar puede estar sin ondas, ni esta vida sin tentaciones. Y demas desto, el que comienza la buena vida suele ser mas fuertemente tentado del enemigo; el cual no se precia de tentar los que poseen con pacífico señorío, sino los que están fuera de su jurisdiccion. Así que en todo tiempo has de velar, y siempre estar alerta y armado en cuanto estuvieres en esta frontera. Y si alguna vez sintieres tu ánima herida, guárdate de cruzar luego las manos, y arrojar las armas, y el escudo, y entregarte al enemigo; ántes debes imitar á los caballeros esforzados, á los cuales muchas veces la vergüenza de ser vencidos, y el dolor de las heridas, no solamente no hace huir, mas ántes los incita á pelear. Desta manera cobrando nuevo esfuerzo con la caída, verás luego huir aquellos de quien tú huías, y perseguirás á los que te perseguían. Y si por ventura (como acontece en las batallas) otra vez fueres herido; ni aun entonces has de desmayar, acordándote que esta es la condicion de los que pelean varonilmente: no que nunca sean heridos, mas que nunca se rindan á sus contrarios. Porque no se llama vencido el que fué muchas veces herido; sino el que siendo herido perdió las armas y el corazon. Y siendo herido, luego procura de curar tu llaga; porque mas fácilmente curarás una llaga que muchas, y mas ligeramente curarás la fresca, que la que está ya afistolada.

Cuando alguna vez fueres tentado, no te contentes con no obedescer á la tentacion; mas ántes procura sacar de la mesma tentacion motivos para la virtud, y con esta diligencia, y con la divina gracia no serás peor por la tentacion, sino mejor; y así todo servirá por tu bien. Si fueres tentado de lujuria, ó de gula, quita un poco de los regalos acostumbrados, aunque sean licitos, y acrecienta mas á los sanctos ayunos y ejercicios. Si eres combatido de avaricia, acrecienta mas las limosnas y buenas obras que haces. Si eres estimulado de vanagloria, tanto mas te humilla en todas las cosas. Desta manera por ventura temerá el demonio tentarte, por no darte ocasion de mejorarte, y de hacer obras buenas: el cual siempre desea que las hagas malas. Huye cuanto pudieres la ociosidad, y nunca estés tan ocioso, que en la ociosidad no entiendas en alguna cosa de provecho, ni tan ocupado que no procures en la mesma ocupacion levantar tu corazon á Dios y negociar con él.

## CAPITULO XI.

De otra manera de pecados que debe trabajar por huir el buen cristiano.

Demas de estos siete pecados que se llaman capitales, hay otros tambien que se derivan dellos, los cuales no

ménos debe trabajar de evitar todo fiel cristiano, que los pasados.

Entre estos uno de los mas principales es jurar el nombre de Dios en vano; porque este pecado es derechamente contra Dios, y así de su condicion es mas grave que cualquier otro pecado que se haga contra el prójimo, por muy grave que sea. Y no sólo tiene esto verdad cuando se jura por el mesmo nombre de Dios; sino tambien cuando se jura por la Cruz, y por los sanctos, y por la vida propia; porque cualquier destes juramentos (si cae sobre mentira) es pecado mortal, y pecado muy reprehendido en las Escrituras sagradas, como injurioso á la divina Majestad. Verdad es que cuando el hombre descuidadamente jura mentira, excusarse ha de pecado mortal; porque donde no hay juicio de razon, ni determinacion de voluntad, no hay esta manera de pecado. Mas esto no se entiende en los que tienen costumbre de jurar á cada paso, sin hacer caso ni mirar cómo juran, y no les pesa de tenerla, ni procuran hacer lo que es de su parte por quitarla; porque estos no se excusan de pecado cuando por razon desta mala costumbre juran mentira sin mirar en ello, pudiendo y debiendo mirarlo. Ni pueden alegar que no miraron en ello, ni era su voluntad jurar mentira; porque supuesto que ellos quieren tener esta mala costumbre, tambien quieren lo que se sigue della que es este, y otros semejantes inconvenientes; y por esto no dejan de imputárseles por pecados, y llamarse voluntarios.

Por esto debe trabajar el cristiano todo lo posible por desarraigar de sí esta mala costumbre, para que así no se le imputen estos descuidos por culpa mortal. Y para esto no hay otro mejor medio que tomar aquel tan saludable consejo que nos dió primero el Salvador (a), y despues su apóstol Santiago (b), diciendo: Ante todas las cosas, hermanos míos, no queráis jurar ni por el cielo, ni por la tierra, ni otro cualquier juramento; sino sea vuestra manera de hablar: sí por sí, y no por no; porque no vengais á caer en juicio de condenacion. Quiere decir: porque no os lleve la costumbre á jurar alguna mentira, por donde seais juzgados y sentenciados á muerte perpetua. Y no solo de su propia persona, sino tambien de sus hijos, y familia, y casa trabaje por desterrar este tan peligroso vicio, reprehendiendo y avisando á todos sus familiares cuando los viere jurar cualquier juramento que sea. Y cuando él mesmo en esto se descuidare, tenga por estilo dar alguna limosna, ó rezar siquiera un pater noster, y un ave María; para que esto le sea no tanto penitencia de la culpa, cuanto memorial y despertador para no caer mas en ella.

## §. I.

Del murmurar, escarnecer, y juzgar temerariamente.

Otro pecado que se debe tambien mucho evitar, es el de la murmuracion; el cual no ménos reina hoy en el mundo que el pasado, sin que haya casa fuerte, ni congregacion religiosa, ni lugar sagrado contra él. Y aunque este vicio sea familiar á todo género de personas (porque el mesmo mundo con los desatinos que cada día hace, como da materia de llorar á los buenos, así la da de murmurar á los flacos); pero todavía hay algunas personas por natural pasion mas inclinadas á él, que otras. Porque así como hay gustos que

(a) Matth. 5. (b) Iacob. 5.

no arrastran á cosa dulce, ni la pueden tragar, sino á cosas amargas y acetosas; así hay personas tan podridas en sí, y tan llenas de humor triste y melancólico, que en ninguna materia de virtud, ni alabanza ajena toman gusto, sino en solo mofar, y maldecir, y tratar de males ajenos. De suerte que á todas las otras pláticas y materias están dormidos y mudos, y en tocándose esta tecla, luego parece que resuscitan, y cobran nuevos espíritus para tratar desta materia.

Pues para criar en tu corazón odio de un vicio tan perjudicial y aborrecible como este, considera tres grandes males que trae consigo. El primero es, que está muy cerca de pecado mortal; porque de la murmuración á la detracción hay muy poco camino que andar; y como estos dos vicios sean tan vecinos, fácil cosa es pasar del uno al otro: así como los filósofos dicen que entre los elementos que concuerdan en alguna cualidad, es muy fácil el pasaje de uno á otro. Y así vemos acaecer muchas veces que cuando los hombres comienzan á murmurar, fácilmente pasan de los defectos comunes á los particulares, y de los públicos á los secretos, y de los pequeños á los grandes; con que dejan las famas de sus prójimos tiznadas y desdoradas. Porque despues que la lengua se comienza á calentar, y crece el ardor y deseo de encarecer las cosas, tan mal se enfrena el apetito del corazón, como el ímpetu de la llama cuando la sopla el viento, ó el caballo de mala boca cuando corre á toda furia. Y ya entónces el murmurador no guarda la cara á nadie, ni cesa de ir adelante hasta llegar al mas secreto rincón de la posada. Y por esta causa deseaba tanto el Eclesiástico la guarda deste portillo, cuando decía (a): ¿Quién dará guarda á mi boca, y pondrá un sello en mis labios, para que no venga á caer por ellos, y mi propia lengua me condene? Quien esto decía, muy bien conocía la importancia y dificultad deste negocio; pues de solo Dios deseaba y esperaba el remedio (que es el verdadero médico deste mal, como lo testifica Salomón, diciendo (b): Al hombre pertenece aparejar el ánimo, mas á Dios gobernar la lengua). Tan grande es este negocio.

El segundo mal que tiene este vicio, es ser muy perjudicial y dañoso; porque á lo ménos no se pueden excusar en él tres males: uno del que dice, otro de los que oyen y consienten, y el tercero de los ausentes de quien el mal se dice; porque como las paredes tienen oídos, y las palabras alas, y los hombres son amigos de ganar amigos, y congraciarse con otros llevando y trayendo estas consejas (so color de que tienen mucha cuenta con la honra de las personas), de aquí nace que cuando estas llegan á oídos del infamado, se escandalice, y embravezca, y tome pasión contra quien dijo mal dél; de donde suelen recrecerse enemistades eternas, y aun á veces desafíos y sangre. Por donde dijo el Sabio (c): El escarnecedor y maldiciente será maldito; porque revolvió á muchos que vivían en paz. Y todo esto (como ves) nació de una palabra desmandada; porque, como dice el Sabio (d), de una centella se levanta á veces una grande llama.

Por razón destes daños es comparado este vicio en la Escritura (e) unas veces con las navajas que cortan los cabellos sin que lo sintais; otras veces con arcos y sae-

(a) Eccl. 22. (b) Prov. 16. (c) Eccl. 28. (d) Eccl. 11. (e) Prov. 23. Psal. 51. et 119.

tas que tiran de lejos, y hieren á los ausentes (f); otras veces con las serpientes que muerden de callada, y dejan la ponzoña en la herida: por las cuales comparaciones el Espíritu Santo nos quiso dar á entender la malicia y daños deste vicio, el cual es tan grande, que dijo el Sabio (g): La herida del azote deja una señal en el cuerpo; mas la de la mala lengua deja molidos los huesos.

El tercero mal que este vicio tiene, es ser muy aborrecible é infame entre los hombres; porque todos naturalmente huyen de las personas de mala lengua, como de serpientes ponzoñosas. Por donde, dijo el Sabio (h), que era terrible en su ciudad el hombre deslenguado. Pues ¿qué mayores inconvenientes quieres tú para aborrecer un vicio, que por una parte es tan dañoso, y por otra tan sin fruto? ¿Por qué querrás ser de balde y sin causa infame y aborrecible á Dios y á los hombres; especialmente en un vicio tan cotidiano y tan usado, donde cuasi tantas veces has de peligrar, cuántas hablars y platicars con otros?

Haz pues agora cuenta que la vida del prójimo es para tí como un árbol vedado, en que no has de tocar. Con igual cuidado has de procurar nunca decir bien de tí, ni mal de otro; porque lo uno es de vanos, y lo otro de maldicientes. Sean todos de tu boca virtuosos y honrados, y tenga todo el mundo creído que nadie es malo por tu dicho. Desta manera excusarás infinitos pecados, y otros tantos escrúpulos y remordimientos de conciencia, y serás amable á Dios y á los hombres, y de la manera que honrars á todos, así de todos serás honrado. Haz un freno á tu boca, y está siempre atento á engullir y tragar las palabras que se te revuelven en el estómago, cuando vieres que llevan sangre. Cree que esta es una de las grandes prudencias y discreciones que hay, y uno de los grandes imperios que puedes tener, si lo tuvies sobre tu lengua.

Y no pienses que te excusas deste vicio cuando murmuras artificiosamente, alabando primero al que quieres condenar; porque algunos murmuradores hay que son como los barberos, que cuando quieren sangrar, untan primero blandamente la vena con aceite, y despues hieren con la lanceta y sacan sangre. Destos dice el Profeta (i) que hablan palabras mas blandas que el olio; mas que ellas de verdad son saetas.

Y como quiera que sea gran virtud abstenerse de toda especie de murmuración, mucho mas lo es para con aquellos de quien habemos sido ofendidos; porque cuanto es mas fuerte el apetito de hablar mal destes, tanto es de mas generoso corazón ser templado en esta parte, y vencer esta pasión. Y por esto aquí conviene tener mayor recaudo, donde se conoce mayor peligro.

Y no solo de maldecir y murmurar, sino tambien de oír lenguas de murmuradores te debes abstener, guardando aquel consejo del Eclesiástico, que dice (k): Atapa tus oídos con espinas, y no oyas la lengua del maldiciente. Donde no se contenta con que tapes los oídos con algodón, ó con otra materia blanda; sino quiere que sea con espinas: para que no solo no te entren las tales palabras en el corazón, holgando de oirlas, sino tambien punces el corazón del que murmura, haciendo mala cara á sus palabras; como mas claramente lo significó Salomón, cuando dijo (l): El viento cierto

(f) Psal. 7. (g) Eccl. 28. (h) Eccl. 9. (i) Psal. 54. (k) Cap. 28. (l) Prov. 25.

esparce las nubes, y el rostro triste la cara del que murmura. Porque (como dice Sant Hierónimo) la saeta que sale del arco, no se hinca en la piedra dura; sino antes de allí resurte, y hiere á veces al que la tiró.

Y por tanto si el que murmura es tu súbdito, ó tal persona que sin escándalo le puedes mandar que calle, debeslo hacer; y si esto no puedes, á lo ménos entremete otras pláticas discretamente para cortar el hilo de aquellas, ó muéstrale tan mala cara, que él mesmo se avergüence de lo que habla, y así quede cortesmente avisado, y se vuelva del camino. Porque de otra manera si le oyes con alegre rostro, dasle ocasión que pase adelante, y así no ménos pecas oyendo tú, que hablando él; pues así como es gran mal pegar fuego á una casa, así tambien lo es estarse calentando á la llama que otro enciende, estando obligado á acudir con agua.

Mas entre todas estas murmuraciones la peor es murmurar de los buenos; porque esto es acobardar á los flacos y pusilánimes, y cerrar la puerta á otros mas flacos, para que no osen entrar con este recelo. Porque aunque esto no sea escándalo para los fuertes, no se puede negar sino que lo es para los pequeñuelos. Y porque no tengas en poco esta manera de escándalo, acuérdate que dice el Señor (a): Quien escandalizare á uno destes pequeñuelos que en mí creen, mas valdría que le atasen una piedra de atahona al cuello, y le arrojasen en el profundo de la mar. Por eso tú, hermano mio, ten por un linaje de sacrilegio poner boca en los que sirven á Dios; porque aunque fuesen lo que los malos dicen, solo por el sobrescripto que traen merecen honra. Mayormente pues está Dios diciendo dellos (b): Quien á vosotros tocare, toca en mí en la lumbrera de los ojos.

Todo esto que se ha dicho contra los murmuradores y maldicientes, cabe tambien en los escarnecedores y mofadores, y mucho mas. Porque este vicio tiene todo lo que el pasado, y sobre esto tiene otra tizne aun mas de soberbia, y presumpcion, y menosprecio de los otros, por donde es muy mas para huir que el otro, como lo mandó Dios en la ley, cuando dijo (c): No serás maldiciente, ni escarnecedor en los pueblos. Y por esto no será necesario gastar mas palabras en afear este vicio, pues para esto debe bastar lo dicho.

## §. II.

De los juicios temerarios, y de los mandamientos de la Iglesia.

Con estos dos pecados (como muy vecino dellos) se junta el juzgar temerariamente; porque los murmuradores y escarnecedores no solo hablan mal de las cosas que realmente pasan, sino de todo aquello que ellos juzgan ó sospechan. Ca porque no les falte materia de murmurar, ellos mesmos la levantan cuando falta, con los juicios y sospechas de su corazón, echando á mala parte lo que se podía echar á buena; contra aquello que el Salvador nos manda, diciendo (d): No juzgueis, y no seréis juzgados; no condeneis, y no seréis condenados. Esto tambien muchas veces puede ser pecado mortal, cuando lo que se juzga es cosa grave, y se juzga livianamente, y con poco fundamento. Mas cuando el juicio fuese mas sospecha que juicio, entónces no sería pecado mortal por la imperfección de la obra.

Con estos pecados que son contra Dios, se juntan los que se hacen contra aquellos cinco mandamientos de la

(a) Matth. 18. (b) Zach. 2. (c) Levit. 19. (d) Matth. 7.

sancta madre Iglesia, los cuales obligan de precepto: como son oír misa entera domingos y fiestas, confesar una vez al año, comulgar por Pascua, y ayunar los dias que ella manda, y pagar fielmente los diezmos. El mandamiento del ayuno obliga de veintiun años arriba (mas ó ménos, conforme al parecer del discreto confesor, ó cura) á los que no son enfermos, ó muy flacos, ó viejos, ó trabajadores, ó mujeres que crian, ó están preñadas, y á los que no tienen para comer bastantemente una vez al dia. Y así puede haber otros impedimentos semejantes.

En lo que toca al oír de las misas los dias de obligación, trabaje el hombre por asistir á ellas no solo con el cuerpo, sino tambien con el espíritu, recogidos los sentidos, y la lengua callada; mas el corazón esté atento á Dios, y á los misterios de la misa, ó de alguno otro santo pensamiento, ó á lo ménos rezando alguna cosa devota.

Y los que tienen esclavos, criados, hijos y familia, deben procurar con todo estudio y diligencia que estos oyan misa los dias de fiesta; y si no pudieren acudir á la mayor (por haber de quedar en casa á aderezar la comida, ó á otras cosas necesarias), á lo ménos procuren que ese dia por la mañana oyan una misa rezada, para que así cumplan con esta obligación. En lo cual hay muchos señores de familia muy culpados y negligentes, los cuales darán á Dios cuenta estrecha desta negligencia. Verdad es que cuando se ofreciese urgente y razonable causa por donde no se pudiese oír la misa (como es estar curando de un enfermo, ó cosas semejantes), entónces no sería pecado dejar la misa; porque la necesidad no está subjecta á esta ley.

Estos son los pecados mas cotidianos en que mas veces suelen caer los hombres: de los cuales todos debemos siempre huir con suma diligencia; de unos porque son mortales, y de otros porque están muy cerca de serlo, demas de ser de suyo mas graves que los otros comunes veniales. Desta manera conservaremos la inocencia, y aquellas vestiduras blancas que nos pide Salomón, cuando dice (e): En todo tiempo estén blancas tus vestiduras, y nunca jamas falte olio de tu cabeza: que es la unción de la divina gracia, la cual nos da lumbrera y fortaleza para todas las cosas, y así nos enseña y esfuerza para todo bien: que son los principales efectos deste olio celestial.

## CAPITULO XII.

De los pecados veniales.

Y aunque estos sean los principales pecados de que te debes guardar, no por eso pienses ya que tienes licencia para alfojar la rienda á todos los otros pecados veniales. Antes instantísimamente te ruego no seas de aquellos que en sabiendo que una cosa no es pecado mortal, luego sin mas escrúpulo se arrojan á ella con grandísima facilidad. Acuérdate que dice el Sabio (f) que el que menosprecia las cosas menores, presto caerá en las mayores. Acuérdate del proverbio que dice, que por un clavo se pierde una herradura, y por una herradura un caballo, y por un caballo un caballero. Las casas que vienen á caer por tiempo, primero comienzan por unas pequeñas goteras, y así vienen á arruinarse y dar consigo en tierra. Acuérdate que aunque sea verdad que no

(e) Eccles. 9. (f) Eccl. 10.

bastan siete ni siete mil pecados veniales para hacer un mortal, pero todavía es verdad lo que dice Sant Augustin por estas palabras (a): No queráis menospreciar los pecados veniales porque son pequeños; sino temedlos porque son muchos. Porque muchas veces acaesce que las bestias pequeñas, cuando son muchas, matan los hombres. ¿Por ventura no son menudos los granos de la arena? Pues si cargais un navío de mucha arena, presto se irá á fondo. ¿Cuán menudas son las gotas del agua? ¿Por ventura no hinchen los caudalosos ríos, y derrriban las casas soberbias? Esto pues dice Sant Augustin, no porque muchos pecados veniales hagan un mortal (como ya dijimos); sino porque disponen para él, y muchas veces vienen á dar en él. Y no solo esto es verdad, sino tambien lo que dice Sant Gregorio (b): Que en parte es mayor peligro caer en las culpas pequeñas, que en las grandes; porque la culpa grande, cuanto mas claro se conoce, tanto mas presto se emienda; mas la pequeña, como se tiene en nada, tanto mas peligrosamente se repite, cuanto mas seguramente se comete.

Finalmente los pecados veniales, por pequeños que sean, hacen mucho daño en el ánima; porque quitan la devocion, turban la paz de la consciencia, apagan el fervor de la caridad, enflaquecen los corazones, amortiguan el vigor del ánimo, aliojan el vigor de la vida espiritual, y finalmente resisten en su manera al Espíritu Sancto, é impiden su operacion en nosotros: por donde con todo estudio se deben evitar; pues nos consta cierto que no hay enemigo tan pequeño, que despreciado no sea muy poderoso para dañar.

Y si quierdes saber en qué géneros de cosas se cometen estos pecados, dígotte que en un poco de ira, ó de gula, ó de vanagloria; en palabras y pensamientos ociosos, en risas, en burlas desordenadas, en tiempo perdido, en dormir demasiado, en mentiras y lisonjerías de cosas livianas, y así en otras cosas semejantes.

Tenemos pues aquí señaladas tres diferencias de pecados: unos que comunmente son mortales; otros que comunmente son veniales; otros como medios entre estos dos extremos, que á veces son mortales, y á veces veniales. De todos conviene que nos guardemos; pero mucho mas destos que están como en medio, y mucho mas de los mortales; pues por ellos solos se rompe la paz y amistad con Dios, y se pierden todos los bienes de gracia, y todas las virtudes infusas: puesto caso que la fe y esperanza no se pierdan sino por sus actos contrarios.

### CAPITULO XIII.

De otros mas breves remedios contra todo género de pecados, mayormente contra aquellos siete que llaman capitales.

Las consideraciones que hasta aquí habemos escripto, servirán para tener el hombre su ánimo bien dispuesto y armado contra todo género de pecados; mas para el tiempo de pelear, que es cuando alguno destos vicios tienta nuestro corazon, puedes usar destas breves sentencias que nos dejó escriptas un religioso varon, el cual contra cada uno destos vicios se armaba desta manera.

Contra la soberbia decia: Cuando considero á cuán grande extremo de humildad se abajó aquel altísimo Hijo de Dios por mí, nunca tanto me pudo abatir alguna criatura, que no me tuviese por digno de mayor abatimiento.

(a) Super. Ioan. trat. 12. ad finem tom. 9. et lib. de Medicina penitentium ad finem tom. 9. cap. 2. (b) De pastoral cura. Admon. 54.

Contra la avaricia decia: Como entendí que con ninguna cosa podia mi ánima tener hartura, sino con solo Dios, parecióme que era gran locura buscar otra cosa fuera dél.

Contra la lujuria decia: Despues que entendí la grandísima dignidad que se da á mi cuerpo cuando recibe el sacratísimo cuerpo de Cristo, parecióme que era grande sacrilegio profanar el templo que él para sí consagró, con la torpeza de los pecados carnales.

Contra la ira decia: Ninguna injuria de hombres bastará para turbarme, si me acordare de las injurias que yo tengo hechas contra Dios.

Contra el odio, é invidia decia: Despues que entendí cómo Dios habia recebido un tan gran pecador como yo, no pude querer á nadie mal, ni negarle perdon.

Contra la gula decia: Quien considerare aquella amarguísima hiel y vinagre que en medio de sus tormentos se dió por último refrigerio al Hijo de Dios, que por ajenos pecados padescia, habrá vergüenza de buscar manjares regalados y exquisitos, teniendo tanta obligacion á padescer algo por sus pecados propios.

Contra la pereza decia: Como entendí que despues de tan brevísimo trabajo se alcanzaba gloria perdurable, parecióme que era pequeña cualquiera fatiga que por esta causa se padesciese.

### §. I.

Otra manera de remedios así breves pone Sant Augustin (c) contra todos los vicios (aunque algunos atribuyen esto á Sant Leon Papa); donde por una parte representa de la manera que el vicio tienta, y lo que propone, y por otra las consideraciones y palabras con que le habemos de salir al encuentro. Las cuales por parecerme muy provechosas, quise tambien añadir aquí.

Comienza pues primeramente á hablar la soberbia, y dice así: Ciertamente tú haces ventaja á otros muchos en saber, en hablar, en riquezas, y en otras muchas habilidades; por tanto á todos es razon que tengas en poco, pues á todos eres superior. La humildad responde: Acuérdate que eres polvo y ceniza, podre y gusanos; y puesto que seas grande, si cuanto mayor eres mas no te humillares, dejarás de ser lo que eres. Porque ¿por ventura eres tú mayor que el ángel que cayó (d)? ¿Por ventura resplandesces tú mas en la tierra que Lucifer en el cielo? Pues si aquel por su soberbia de tan alta cumbre cayó en tanta miseria, ¿cómo quierdes tú de tanta miseria subir á tan alta gloria, permanesciendo en la misma soberbia?

La gloria vana dice: Haz todos los bienes que pudieres, y publícalos á todos; para que todos te tengan por bueno, y de todos seas reverenciado, y ninguno te desprecie, ni tenga en poco. El temor de Dios responde: Gran locura es dar por honra temporal aquello con que se gana gloria perdurable. Por tanto trabaja por encubrir á lo ménos con la voluntad las buenas obras que haces; porque si en tu voluntad las escondes, no será vanidad mostrarlas; porque no se podrá llamar público lo que en tu voluntad está secreto.

La hipocresía dice: Pues ningun bien en la verdad tienes, finge á lo ménos defuera lo que no tienes; porque no seas de todos aborrecido, si por tal fueres de todos conocido. La verdadera religion responde: Mucho mas

(c) Tom. 9. opuse. August. lib. unic. de Conflict. vit. et virtut. (d) Luc. 11. Isale 14.

trabaja por ser que por parecer lo que no eres; ca propio officio es del verdadero cristiano procurar mas de ser bueno, que de parecerlo. Porque en engañar á los hombres con esa disimulacion ¿qué otra cosa ganas sino tu propia condenacion?

El menosprecio y desobediencia dice: ¿Quién eres tú para que sirvas á otros que son tus inferiores? A tí convenia mandar, y á ellos obedecer, pues no igualan contigo, ni en ingenio, ni en discrecion, ni en virtud. Basta que guardes los mandamientos de Dios, y no cures de lo que te mandan los hombres. La subjeccion y obediencia responde: Si es necesario subjectarte á los mandamientos de Dios, por la mesma razon te debes subjectar á la ordenacion de los hombres; porque el mesmo Dios dice (a): Quien á vosotros oye, á mí oye, y quien á vosotros desprecia, á mí desprecia. Y si dices que esto es razon cuando el que manda es bueno, y no cuando no lo es, oye lo que el Apóstol en contrario dice (b): Todo el poder de los hombres de Dios se deriva, y las cosas que de Dios son, ordenadas son. Así que no pertenesce á tí saber cuáles son los que mandan; sino qué es lo que te mandan, para haberlo de cumplir.

La invidia dice: ¿En qué cosa eres tú menor que aquel ó aquella? ¿Pues por qué no serás tenido en tanto, ó en mas que aquellos? ¿Cuántas cosas puedes tú hacer que ellos no pueden? Pues contra justicia es igualarse ellos contigo, ó hacerse tus superiores. La concordia responde: Si en virtud sobrepujas á otros, mas seguro estarás en el lugar bajo, que en el alto. Porque la caída de lo alto siempre es de mayor peligro. Y dado que muchos te sean iguales, ó superiores en la fortuna, ¿qué perjuicio recibes tú por eso? Debrias mirar que teniendo invidia al que está en lugar mas alto, te haces semejante á aquel de quien se escribe (c): Por invidia del diablo entró la muerte en el mundo, y á él imitan todos los que son de su parte.

El odio dice: Nunca Dios quiera que tú ames á quien en todas las cosas se encuentra contigo: quien siempre de tí murmura, quien de todas tus cosas escarnece, quien te da en rostro con el pecado que hiciste, y finalmente quien en todas sus palabras y obras siempre se te pone delante. Porque cierto es que si él no te tuviese odio, no te pondria debajo los piés. El amor verdadero responde: Por ventura, dado que esas cosas sean aborrecibles en el hombre, ¿por eso se ha de aborrecer la imagen de Dios en el hombre? ¿Por ventura Cristo estando en la Cruz no amó á sus enemigos? Y partiendo desta vida, ¿no nos amonestó que hiciésemos lo mesmo? Pues echa fuera de tu pecho toda amargura de odio, y bebe la dulzura del amor; porque (demás de los respectos y razones eternas que á esto te obligan) ninguna cosa hay en esta vida mas dulce, ni mas suave que el amor; y ninguna mas amarga y desabrida que el odio, el cual es como un zaratan que está siempre royendo las entrañas donde mora.

La murmuracion dice: ¿Quién puede ya sufrir, quién puede callar cuántos males aquel ó aquella han cometido, sino quien por ventura es en su consentimiento? La correccion caritativa responde: Ni se han de publicar los males del prójimo, ni se han de consentir; mas el mesmo delincuente con caridad debe ser amonestado, y con paciencia sufrido (d). Pero algunas veces conviene que

(a) Luc. 10. (b) Rom 13 (c) Sap. 2. (d) Matth. 18.

los yerros de los pecadores á tiempos se callen, para que en otro tiempo mas conveniente se reprehendan.

La ira dice: ¿Cómo se puede sufrir con paciencia lo que contigo se hace? Antes sufrir tales cosas es pecado: y si no las resistes con grande saña, cada dia se harán contra tí otras peores. La paciencia responde: Si la passion del Redemptor se trae á la memoria, no habrá cosa que con igual ánimo no se sufra. Porque, como dice Sant Pedro (e), Cristo padesció por nosotros, dejándonos ejemplo que sigamos sus pisadas: el cual cuando padescia no se airaba, ni amenazaba á quien le maltrataba. Mayormente siendo tan poco lo que padescemos, en comparacion de lo que él padesció. Porque él sufrió injurias, escarnios, bofetadas, azotes, espinas, y Cruz; y á nosotros, miserables, una palabra nos fatiga, una descortesia nos mata.

La dureza de corazon dice: ¿Por ventura has de hablar dulcemente, y con palabras blandas á unos hombres brutos, necios é insensibles, que á veces con esto se ensoberbecen y alzan á mayores? La mansedumbre responde: No se ha de oír en esto tu consejo, sino el del Apóstol que dice (f): No conviene al siervo del Señor litigar, sino ser manso en todas las cosas. Verdad es que este vicio de reñir, mas dañoso es en los súbditos, que en los preladados. Porque muchas veces acaesce que los súbditos desprecian las palabras humildes y dulces de sus preladados, y tiran contra ellas saetas de menosprecio.

La presumpcion y temeridad dice: Testigo tienes á Dios en el cielo; no hagas caso de lo que los hombres sospechan en la tierra. La satisfaccion debida responde: No es razon dar ocasion á otros de murmurar, ni publicar lo que sospechan; mas si con verdad eres reprehendido, confiesa tu culpa, y si no es así, niegala con humilde respuesta.

La pereza y flojedad dice: Si continuamente te das al estudio de la licion, y oracion, y lágrimas, perderás la vista; si extiendes mucho las vigiliias de la noche, perderás el seso, y si te fatigas con trabajo demasiado, quedarás inhábil para todo espiritual ejercicio. La diligencia y trabajo responde: Porque te prometes luengos años en que hayas de padescer estos trabajos; ¿quién te asegura el dia de mañana, ó la hora presente? ¿Por ventura has olvidado lo que el Salvador dice (g): Velad; porque no sabeis el dia ni la hora? Por tanto sacude de tí toda negligencia y pereza; porque no ganan el reino del cielo los tibios y perezosos, sino los esforzados y diligentes.

La escaseza dice: Si los bienes que posees das á los extraños, ¿con qué podrás mantener á los tuyos? La misericordia responde: Acuérdate de lo que acaesció al rico que se vestía de purpura y holanda (h); el cual no fué condenado porque robase lo ajeno, sino porque no daba lo proprio. Por lo cual estando en el infierno llegó á tanta miseria, que pidió una gota de agua, y no la alcanzó; porque pidiéndole el pobre una sola migaja de pan, no se la dió.

La gula dice: Todas las cosas crió Dios para comer: pues el que no quiere comer, ¿qué otra cosa hace sino despreciar los beneficios de Dios? La templanza responde: La una desas cosas que dices, es verdadera; porque todas esas crió Dios porque el hombre no muriese de hambre; mas porque no excediese la justa medida, mandóle que tuviese abstinencia; y no tenerla se cuenta por

(e) 1. Pet. 2. (f) 2. Tim. 2. (g) Matth. 25. (h) Lucas 16.

uno de los principales pecados que hubo en Sódoma (a), por donde esta miserable ciudad llegó al extremo de la perdición. Por tanto conviene que el sano reciba el manjar, así como el enfermo la medicina: conviene saber, no para deleitarse en él, sino para socorrer á su necesidad. Y aquel del todo vence este vicio, que no solamente en la cantidad del manjar pone la medida que debe, sino también desprecia los delicados y sabrosos manjares; si no es cuando la enfermedad ó la caridad lo pide.

La vana alegría dice: ¿Por qué escondes dentro de tí el gozo de tu corazón? Publica á todos tu alegría, y di en presencia de tus compañeros alguna cosa con que huelguen y rian. La templada tristeza responde: ¿De dónde, ó de qué tienes tanta alegría? ¿Por ventura tienes ya vencido al diablo; ó has acabado ya el tiempo de tu destierro, y llegado á la patria? ¿Por ventura no te acuerdas de lo que dice el Señor (b): El mundo se alegrará, y vosotros os entristeceréis; mas vuestra tristeza se volverá en alegría? Por tanto refrena ese vano regocijo; porque aun no has escapado de todos los males deste tan peligroso golfo.

La parlería dice: No es pecado hablar mucho, si se habla bien: así como no deja de serlo hablar mal, aunque se hable poco. El discreto callar responde: Verdad es lo que dices; pero muchas mas veces queriendo el hombre hablar muchas cosas buenas, acaesce que la plática que comenzó bien, acaba mal. Por lo cual dijo el Sabio (c), que en el mucho hablar no podía faltar pecado. Y si por ventura en la larga plática huyes de palabras dañosas, no podrás quizá huir de las ociosas, de que has de dar cuenta en el día del juicio (d). Conviene pues tener

(a) Ezech. 16 (b) Ioann. 10. (c) Prov. 10. (d) Matth. 12.

medida en el hablar, aunque las palabras sean buenas; porque no vengan á parar en malas.

La lujuria dice: ¿Por qué agora no gozas de tus deleites y placeres, pues no sabes lo que te está guardado? No es razón que pierdas este buen tiempo; porque no sabes cuán presto se pasará. Porque si Dios no quisiera que holgaran los hombres con estos deleites, no criara al principio hombres y mujeres.

La castidad responde: No quiero que disimules, ó finjas que no sabes lo que te está guardado despues desta vida. Porque si limpia y castamente vivieres, tendrás placeres y alegría sin fin; y si deshonestamente, serás llevado á los tormentos eternos. Y cuanto mas sientes que pasa ligeramente el tiempo, tanto mas te conviene vivir castamente; porque muy miserable es la hora del deleite, en la cual se pierde vida que dura para siempre.

Todo lo que hasta aquí se ha dicho sirve para proveerlos de armas espirituales, que para esta pelea son necesarias: con las cuales podremos alcanzar la primera parte de la virtud, que es carecer de vicios, y defender esta estancia en que Dios nos puso (en la cual él mora), para que no sea ocupada del enemigo. Porque guardada fielmente la posada, sin duda tendremos aquel celestial huésped en ella; pues, como dice Sant Joan (e), Dios es caridad, y quien está en caridad, en Dios está, y Dios en él: y aquel está en caridad, que ninguna cosa hace contra ella; y no hay cosa que sea contra ella sino solo el pecado mortal; contra el cual sirve todo lo que hasta aquí habemos dicho.

(e) 1. Ioann. 4.

## SEGUNDA PARTE DESTE SEGUNDO LIBRO,

EN LA CUAL SE TRATA DEL EJERCICIO DE LAS VIRTUDES.

### CAPITULO XIV.

De tres maneras de virtudes en las cuales se comprehende la suma de toda justicia.

Dicho ya en la primera parte deste libro de los vicios con que se afean y escurecen las ánimas, digamos agora de las virtudes que las adornan y hermosean con el ornamento espiritual de la justicia. Y porque á esta justicia pertenesce dar á cada uno lo que se le debe, así á Dios, como al prójimo, como á sí mismo; así hay tres maneras de virtudes de que se compone: unas que principalmente sirven para cumplir con lo que el hombre debe á Dios, y otras con lo que debe á su prójimo, y otras con lo que debe á sí mismo. Y esto hecho, no resta mas para cumplir toda virtud y justicia; que es para ser un hombre verdaderamente justo y virtuoso: que es lo que aquí pretendemos hacer.

Y si quieres saber en muy pocas palabras, y por unas muy breves comparaciones cómo esto se pueda hacer, digo que con estas tres obligaciones cumplirá el hombre perfectísimamente, si tuviere estas tres cosas: conviene saber, para con Dios corazón de hijo, y para con el

prójimo corazón de madre, y para consigo espíritu y corazón de juez. Estas son aquellas tres partes de justicia en que el Profeta puso la suma de todo nuestro bien, cuando dijo (a): Enseñarte he; oh hombre! en qué está todo el bien, y qué es lo que el Señor quiere de tí. Quiere que hagas juicio, y que ames la misericordia, y que andes solícito y cuidadoso con Dios. Entre las cuales partes el hacer juicio declara lo que el hombre debe hacer para consigo; y el amar la misericordia, lo que debe para con el prójimo; y el andar solícito con Dios, lo que debe hacer para con él. Y pues en estas tres cosas está todo nuestro bien, dellas trataremos agora mas copiosamente; porque en el Memorial de la Vida Cristiana (b) no hecimos mas que pasar por ellas brevemente, reservando su declaración para este lugar.

### CAPITULO XV.

De lo que debe el hombre hacer para consigo mismo.

Porque la caridad bien ordenada comienza de sí mismo; comencemos por donde el Profeta comenzó; que es

(a) Mich. 6. (b) 1. Part. tract. 4. c. 3.

por el hacer juicio, que pertenesce al espíritu y corazón de juez; el cual debe el hombre tener para consigo. Pues al oficio del buen juez pertenesce tener bien ordenada y reformada su república. Y porque en esta pequeña república del hombre hay dos partes principales que reformar (que son el cuerpo con todos sus miembros y sentidos, y el ánima con todos sus afectos y potencias), todas estas cosas conviene que sean reformadas y enderezadas virtuosamente en la forma que aquí declararemos, y desta manera habrá el hombre cumplido con lo que debe á sí mismo.

### §. I.

De la reformation del cuerpo.

Pues para reformation del cuerpo (a) sirve primeramente la composición y disciplina del hombre exterior, guardando aquello que dice Sant Augustin en su regla: Que en el andar, y en el estar, y en el vestido ninguna cosa se haga que escandalice, y ofenda los ojos de nadie; sino lo que convenga á la sanctidad de nuestra profesion. Y por esto procure el siervo de Dios tratar con los hombres con tanta gravedad, humildad, suavidad y mansedumbre, que todos cuantos con él trataren, queden siempre edificados y aprovechados con su ejemplo. El Apóstol quiere que seamos como una especie aromática (b), la cual comunica luego su olor á quien quiera que la toca; y así le quedan oliendo las manos como á ella; porque tales han de ser las palabras, las obras, la composición y conversacion de los siervos de Dios, que todos cuantos trataren con ellos queden edificados, y como santificados con su ejemplo y conversacion. Y este es uno de los principales frutos que se siguen desta modestia y composición, que es una manera de predicar callada, donde no con estruendo de palabras, sino con ejemplo de virtudes convidamos á los hombres á glorificar á Dios, y amar la virtud: segun que nos lo encomienda el Salvador, cuando dice (c): Así resplandezca vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos. Conforme á lo cual dice Isaías (d), que el siervo de Dios ha de ser como un árbol, ó una planta hermosísima que Dios plantó; para que quien quiera que la viere, glorifique á Dios por ella. Mas no se entienda que por esto debe hacer el hombre sus buenas obras para que sean vistas; antes, como dice Sant Gregorio (e), de tal manera se ha de hacer la buena obra en público, que la intencion esté en secreto; para que con la buena obra demos á los prójimos ejemplo, y con la intencion de agradar á solo Dios siempre deseemos el secreto.

El segundo fruto que se sigue desta composición del hombre exterior, es la guarda del interior, y la conservación de la devocion. Porque es tan grande la union y la liga que hay entre estos dos hombres, que lo que hay en el uno, luego se comunica al otro, y al reves: por donde si el espíritu está compuesto, luego naturalmente se compone el mismo cuerpo; y por el contrario, si el cuerpo anda inquieto y descompuesto, luego (no sé cómo) el espíritu también se descompone é inquieta. De suerte que cualquier de los dos es como un espejo del otro; porque así como todo lo que vos haceis, hace el espejo que teneis delante, así todo lo que pasa en cualquier destos dos hombres, luego se representa en el otro.

(a) Vide Casia. lib. 5. cap. 12. (b) 2. Cor. 2. (c) Matth. 5. (d) Isai. 61. (e) 20. Mor. c. 19. explicans illud: Oculus fui caeco, et post caecum.

Por donde la composición y modestia de fuera ayuda mucho á la de dentro; y gran maravilla sería hallarse espíritu recogido en cuerpo inquieto y desasosegado. Y por esto dice el Ecclesiástico (f) que el que tenia los pies lijeros, caería: dando á entender que los que carecen de aquella gravedad y reposo que pide la disciplina cristiana, muchas veces han de tropezar y caer en muchos defectos: como suelen caer los que traen los pies muy lijeros cuando andan.

La tercera cosa para que sirve esta virtud, es para conservar el hombre con ella la autoridad y gravedad que pertenesce á su persona y oficio, si es persona constituida en dignidad: como la conservaba el sancto Job (g), el cual en una parte dice que la luz y resplandor de su rostro nunca por diversas ocasiones y acontecimientos caía en tierra, y en otra dice (h) que era tanta su autoridad, que cuando le veian los mozos se escondian, y los viejos se levantaban á él, y los príncipes dejaban de hablar, y ponian el dedo en su boca, por el acatamiento grande que le tenian. La cual autoridad (porque estuviese muy lejos de toda repunta de soberbia) acompañaba el sancto varon con tanta suavidad y mansedumbre, que dice él mesmo de sí, que estando asentado en su silla como un rey acompañado de su ejército, por otra parte era abrigo y consuelo comun de todos los miserables.

Donde notarás que la falta desta medida y composición no es tanto reprehendida de los sabios por grande culpa, quanto por nota de liviandad; porque la desenvoltura demasiada del hombre exterior es argumento del poco lastre y asiento del interior, como ya dijimos. Por lo cual dice el Ecclesiástico (i) que la vestidura del hombre, y la manera del reir y del andar dan testimonio dél. Lo cual confirma Salomon en sus Proverbios, diciendo (k): Así como en el agua clara se parece el rostro del que la mira, así los sabios conocen los corazones de los hombres por la muestra de las obras exteriores que ven en ellos.

Estos son los provechos que trae consigo esta composición susodicha: que son muy grandes. Por lo cual no me parece bien la demasiada desenvoltura de algunos, que con achaque de que no digan que son hipócritas, rien, y parlan, y se sueltan á muchas cosas, con las cuales pierden todos estos provechos. Porque así como dice muy bien Sant Joan Clímaco que no ha de dejar el monje la abstinencia por temor de la vanagloria, así tampoco es razón carecer del fruto desta virtud por respectos del mundo; porque así como no conviene vencer un vicio con otro, así tampoco desistir de una virtud por ningun respecto del mundo.

Esto es lo que generalmente pertenesce á la composición del hombre exterior en todo lugar y tiempo. Mas porque esto se requiere muy mas particularmente en los convites y en la mesa; cómo esta se haya de guardar, declararemos en el párrafo siguiente.

### §. II.

De la virtud de la abstinencia.

Prosiguiendo lo que pertenesce á la reformation del cuerpo, lo que principalmente para esto sirve, es tratarlo con rigor y aspereza, no con regalos ni blandura; porque así como la carne muerta se conserva con la mirra, que es amarguísima (sin la cual luego se daña é hinche

(f) Prov. 19. (g) Job 29. (h) Ibidem. (i) Eccl. 19. (k) Prov. 27.